

LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO V

«BARCELONA 1.º DE NOVIEMBRE DE 1886»

NUM. 253

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

MONUMENTOS ESPAÑOLES



MONUMENTO Á JOSÉ DE RIBERA (El Españoleta)

que la ciudad de Valencia dedica á la memoria del ilustre pintor, proyectado y ejecutado por Mariano Benlliure

SUMARIO

TEXTO.—*Nuestros grabados.*—Desde Roma, por don A. Fernández Merino.—*El humorismo*, por don U. González Serrano.—*Hispania y Silvia* (continuación), por don J. Torres y Reina.—*La explotación de las minas en el transcurso de los siglos*, por W. Fonvielle.

GRABADOS.—*Monumento que la ciudad de Valencia dedica á la memoria del ilustre pintor Ribera*, por Mariano Benlliure.—*La presentación*, cuadro de M. Brozik.—*Lectura al aire libre*, cuadro de Kemendy.—*Paolo y Francesca*, bajo relieve de Susillo.—*La tradición popular*, bajo relieve de Susillo.—*El Penitente prendiendo el grisú*.—*Mineros trabajando de costado y tendido*.—*Suplemento Artístico: Salón de juego en Monte Carlo*, cuadro de Luis Botelmann.

NUESTROS GRABADOS

MONUMENTO

que la ciudad de Valencia dedica á la memoria del ilustre pintor Ribera, por M. Benlliure

Aun cuando el afamado artista José de Ribera era conocido con el significativo sobrenombre de el *Españoleto*, Italia disputó por mucho tiempo á España la gloria de contarle entre el número de sus hijos preclaros, suponiéndole natural de Galipoli, en el reino de Nápoles. Para honra de la patria de Velázquez y de Murillo, hoy resulta indudable que José de Ribera nació en San Felipe de Játiva á los 12 de enero de 1588; y la ciudad de Valencia, capital de la provincia, ha acordado erigir un monumento que recuerde á las generaciones futuras los títulos que para su inmortalidad conquistó en lid bien ruda, el autor de la *Adoración de los pastores* y del *Martirio de San Bartolomé*. Ello, empero, es cierto que Ribera hizo su educación artística en Italia, que el estudio de los cuadros de Rafael y de Carraggio determinó su vocación y que las lecciones de Miguel Ángel Caravaggio, primero, y más tarde las de Correggio hicieron de él uno de los pintores más reputados de su tiempo, tan fecundo en artistas de primera fuerza.

Sin que propiamente haya Ribera formado escuela, tiene género propio, notable por su finura de ejecución, por su verdad asombrosa y por un vigor de dibujo y colorido que ningún artista ha superado hasta ahora. La suavidad de sus carnes es perfecta y ninguno como él ha pintado con más artístico realismo las cabezas de los ancianos, en las cuales, las arrugas, la osamenta, el gris del pelo, están tratados con una minuciosidad que en nada perjudica á la espontaneidad de la factura.

La vida de Ribera fué singularmente azarosa: de la más cruel y prolongada miseria pasó á la mayor y más ostentosa opulencia. Sus obras, que al principio no le dieron para acallar su hambre y cubrir su desnudez, fueron en la segunda mitad de su existencia adquiridas á precios fabulosos; y á este propósito se cuenta de él la siguiente anécdota.

Dos alquimistas de los muchos que se dedicaban á encontrar la piedra filosofal, le propusieron asociarle á su negocio si aportaba á él una cantidad indispensable para obtener la producción del oro. Negóse á ello Ribera, manifestando que para hacer oro tenía él un procedimiento mucho más seguro que todas las alquimias juntas; y como dudaran de ello sus interlocutores, cogió un lienzo en blanco, pintó en él algunas horas, y una vez concluido su abocetado trabajo, lo remitió por uno de sus criados á un mercader de cuadros, con encargo de que le dieran por él cuatrocientos ducados. Cuando regresó el doméstico y Ribera puso de manifiesto á sus amigos la suma que aquél le había traído, dijoles sonriendo: —Vamos á ver cuándo vuestra alquimia producirá en menos tiempo tan regular cantidad de oro legítimo.

Tal es la silueta del artista á quien Valencia rendirá en breve un tributo de justa admiración. La traza del monumento es sencilla y elegante: no en vano lo ha ideado artista de tanto talento como el señor Benlliure.

LA PRESENTACIÓN, cuadro de M. Brozik

No es, por cierto, el trovador errante quien recibe hospitalidad en la suntuosa mansión señorial: por más que el recién llegado vaya provisto de la característica cítara, en su traje suntuoso, en su elegante porte, en la cortésia con que es presentado y recibido, bien se echa de ver que el joven de nuestro cuadro no pertenece á la familia de aquellos trovadores ni de aquellos juglares que, cubiertos de polvo, generalmente, rendidos de fatiga, muertos de hambre, llamaban á la puerta de los castillos, donde sus melopeas distraían por un momento el fastidio de los rudos barones y de las malhumoradas castellanitas. No, el huésped de la opulenta mansión es de ilustre alcurnia, quizás á su presencia algún corazón femenino late con significativa vehemencia; no hay más que examinar la actitud y expresión de los personajes para apercibirse del interés que el joven inspira á la familia que le agasaja y de la cual, si mucho no erramos, formará parte antes de pasarse mucho tiempo.

El asunto de este cuadro está tratado con grandeza; al autor no le estorban las numerosas figuras de la composición, que ha agrupado hábilmente y cada una de las cuales expresa un sentimiento revelado sin exageración. De este lienzo cabe decir que las buenas formas están perfectamente guardadas en él bajo todos conceptos.

LECTURA AL AIRE LIBRE, cuadro de Kemendy

La escena representada en este cuadro es poco interesante, siendo probable que el artista se ha propuesto solamente demostrar que cuando se dibuja y pinta con talento, cabe combinar, en iguales proporciones de interés, el paisaje y la figura, sin que lo uno perjudique en lo más mínimo á lo otro. Así en nuestro cuadro llama la atención ese bosque, en el cual la frondosidad no oculta los buenos efectos de aire y transparencia de cielo, dando lugar á una luz plácida y simpática; al paso que las figuras no carecen de animación y por sí solas constituyen un grupo estimable. Ese hombre se entusiasma con la lectura de que hace participes á sus compañeras: probablemente el libro que trae entre manos es alguna diatriba contra los terroristas, puestos fuera de combate por los termidorianos. El Directorio, en cuya primera época tiene lugar la escena, abrió las válvulas de muchos sentimientos comprimidos por el miedo; decididamente nuestros paseantes se hallan bien con la nueva situación.

SUPLEMENTO ARTÍSTICO

SALÓN DE JUEGO EN MONTE CARLO, cuadro de Luis Botelmann

Hay en Europa un Estado microscópico, incomprensible, consistente en una peña rematada por un palacio suntuoso y unos jardines bellos como los de Semíramis. Al pie de estos jardines se eleva un casino espléndido, último refugio del juego y de ese enjambre de viciosos de ambos sexos, que cubren la podredumbre de sus sentimientos con los más elegantes y ricos trajes que París confecciona para los pretendidos *touristes*. Aquel estado es Mónaco; este casino es el casino de Monte Carlo.

El príncipe que gobierna esa nación, cuyo territorio compró Francia después de 1848 en la exigua suma de tres millones de francos, no se avergüenza de cifrar sus únicas rentas oficiales, lo que todos los pueblos cultos llaman presupuesto de ingresos, en el producto de la ruleta y del treinta y cuarenta, que tiene arrendado á una poderosa compañía. ¡Valiente Estado y valiente Hacienda!

En Monte Carlo todo es elegante, todo es espléndido: hay que confesar que el veneno se sirve allí en copa de oro; y el desdichado á quien la ruina precipita en el abismo, tiene la ventaja de que la detonación de la pistola con que pone fin á sus días, se confunda y pierda ahogada por los acordes de la orquesta que ejecuta los más selectos trozos de la música de todos los célebres maestros.

El cuadro que reproducimos da una perfecta idea del gran salón de ese casino, lugar del holocausto horrible, donde se sacrifican sin piedad el caudal y la honra de los concurrentes. La obra de Botelmann reúne excelentes condiciones de arte; pero á nuestro entender la excesiva verdad le imprime cierto carácter frío, dada la idea que generalmente nos formamos del asunto. El arte, en tales casos, debe ir más allá de lo estrictamente cierto: el autor se ha limitado á reproducir una *vista*, cuando pudo haber lanzado un anatema.

DESDE ROMA

Por su índole especial, esto es, por lo grande de los medios que tiene á su disposición, bastantes para que como arte romántica exceda á la música, á la escultura y aun á la misma poesía, la pintura, que, como ha dicho uno de los grandes maestros de la ciencia estética, puede expresar por su forma sensible lo más íntimo que haya en el espíritu, es un arte esencialmente individual. A él lleva cada uno sus particulares sentimientos, su manera de ver, sus creencias, sus ideales y hasta sus aspiraciones. De aquí también las eternas divisiones y subdivisiones de las escuelas pictóricas, cada una de las que, bien analizada y estudiada, puede quedar reducida á un número cortísimo de artistas.

Estos principios generalmente admitidos y reconocidos, llevan sin embargo con gran frecuencia al extravío, pues si bien es cierto que individualmente puede hacerse mucho cuando se ha nacido artista, no lo es menos que son necesarios profundos estudios para llegar á la realización de una obra, y al par que los estudios, dejar pasar el tiempo que es á su vez un gran maestro. Si á esto que dejamos dicho, no añadiéremos ni una palabra más, muchos lo tomarían por alusión embozada, pero como proceder así es bien ajeno á nuestro carácter, queremos ser explícitos ya que caminamos en brazos de la buena fe, que puede servirnos de excusa.

En algunas de nuestras Revistas, concretándonos siempre á lo que ocurre entre los artistas que viven en la ciudad eterna, hemos censurado, y valga la frase en toda su dureza, el inmoderado afán de hacer un cuadro grande, pues parece que para algunos la mayor gloria consiste en pintar una tela de colosales dimensiones. Al paso que vamos, dentro de pocos años, el Museo nacional, los museos provinciales, los salones de los ayuntamientos, á quienes se ha puesto de moda regalar cuadros; los claustros de los ministerios y, en una palabra, todos los locales oficiales, no bastarán á dar cabida á tanta y tanta tela desmesurada como salen de los estudios de nuestros artistas. Nos hemos referido únicamente á los centros oficiales, para la colocación de los cuadros enormes, por cuanto la arquitectura moderna los hace imposibles para los particulares, razón por que el único comprador será el Gobierno y esto por lo que buenamente quiera dar.

No podremos determinar á punto fijo de qué procede el vicio que estamos señalando: en las Exposiciones anteriores se han premiado cuadros que ciertamente llamaban la atención por todo menos por el tamaño, que al fin es lo que menos debe tenerse en cuenta: en lienzos de reducidas dimensiones cabe desarrollar la tragedia más grande, el pensamiento más sublime, de la misma manera que tragedia grande y sublime pensamiento caben en los catorce versos de un soneto. Afirmar que sea por seguir el camino que otros siguieron, sería cosa ofensiva, pues no cabe suponer exageradas pretensiones que llevarán á los principiantes, que es á quienes nos estamos refiriendo, á querer rivalizar con Rosales, con Villegas, con Domingo ó con Pradilla. ¿Será por cautivar al público? Tampoco puede admitirse: al público inteligente, al público que puede tener importancia para el artista, al elemento principal para su reputación y para su gloria no se le cautiva con un cuadro que haya que mirarlo con escalera, dentro de la barraca hecha expreso para pintarlo.

Al público de nuestros días se le cautiva sólo con obras de estudio que entrañen un pensamiento y que estén desarrolladas con arreglo á las exigencias que la cultura moderna exige al arte. Hoy no se salva un cuadro porque haya en él un magnífico trozo de pintura, ni porque sea vigoroso de tono ó vivo de color ó armonioso de luz, frases inventadas para encubrir defectos capitales en las obras artísticas, como en el mundo social se inventaron las de: «es muy simpática», «tiene buenos ojos» y otras para ocultar faltas de belleza en las señoritas de quienes se habla. Hoy en el terreno del arte hay que hacer algo más que sentir; es menester pensar: en nuestros días la forma no disculpa; en el cuadro se busca un fondo que armonice con aquella, y para la realización de una obra en estas condiciones, seis meses no bastan, ni un año; en gran número de casos la vida entera puede resultar corta.

La índole del pensamiento no puede alterar la belleza de una composición pictórica, cuando se realiza en estas condiciones; pero desgraciadamente el deseo de llamar la atención ofusca y se recargan las escenas y se vierten colores, para justificar sin duda aquello de «á mal Cristo mucha sangre.» Con esto no damos en modo alguno la razón á quien con más ligereza que estudio y más mala

fe que amor al arte, dijo que el vicio dominante en nuestros artistas modernos era la comisión de delitos; la exhibición de dramas sangrientos. Las representaciones trágicas son propias, lo han sido siempre, de la escuela española, porque á ellas parecen inclinados los nacidos en aquellas hermosísimas regiones que nunca se olvidan y siempre se echan de menos, y estos cuadros trágicos, estas escenas sangrientas constituyen el fondo de las obras más notables que se han pintado, en este moderno Renacimiento del arte español: sangrienta al par que trágica es la escena á que Gisbert debe su fama; trágica y dolorosa es la *Doña Juana la Loca* de Pradilla; conmovedor en extremo el *Testamento de Isabel la Católica* del infortunado Rosales; la *Muerte de Lucrecia* del mismo autor no es una escena de ángeles; ni se mira con la sonrisa en los labios el *Sepelio de D. Alvaro de Luna*, ni la *Muerte de Séneca* de Domínguez, ni los *Náufragos de Trafalgar*, ni el *San Sebastián sacado de la Cloaca máxima*, ni el bien pensado cuadro de Moreno Carbonero, ni el *Spoliarium* de Luna que tanto llamó la atención en la culta Barcelona, que lo ha comprado y que mereció la honra señalada de ser premiado en el último Salón de París á pesar de ser extranjero su autor, condición que tanto retrae á los franceses aun del deber de hacer justicia. A todos estos podríamos añadir muchos más que son títulos de gloria para sus autores y orgullo de la patria, pero en todos ellos lo mismo que en algunos más, en que se revela poderosa fantasía y genio para concebir lo que excede de los límites materiales de este mundo, se ve el estudio, y salvo alguna que otra ligerísima excepción, hay que admirar en todos ellos, por igual, el fondo y la forma. Sus autores comenzaron por el principio; estudiaron y consultaron previamente cuanto podía serles necesario y útil, y este ejemplo es el que deben seguir cuantos quieran caminar sobre sus huellas.

Desgraciadamente no es así; la pasión está en las dimensiones: que la obra sea grande y lo demás no importa. ¿Qué ha de resultar de aquí? Fácil es decirlo; anacronismos imperdonables, faltas que jamás pueden tener disculpa, extravíos lamentables en los que se prueba insuficiencia, desconocimientos de principios que deben ser elementales y con todo junto y barajado un cuadro de época romana que huele á revolución del 48, un asunto histórico que parece fábula mitológica, una escena cristiana digna de excomuniación mayor. Llegará un día en que estas que parecen exageraciones nuestras se den en la conciencia de todos y comprendan que la carrera seguida por Alma Tadema, es la que deben seguir cuantos quieran que en sus cuadros juntamente con el color brille la verdad; pues ni la historia se presente, ni la antigüedad se inventa, ni lo familiar se ve sin la justa y razonada observación.

A las mayores aberraciones que se lamentan en el terreno del arte y que venimos haciendo observar hay que añadir una de la mayor trascendencia, nacida de la general falta de cultura y poco amor al estudio. Es esta la creencia en que muchos están de que para pintar un cuadro lo que hay que hacer es buscar el asunto; de aquí que pasen días y días recordando hechos y analizando escenas, para ver qué es lo que más llamará la atención. Decid á un pintor de nuestros días que el asunto viene por sí cuando se posee cierta ilustración, y seguramente se reirá: no quieren creer que la pintura es un arte que necesita amplísima base; afirman que todo depende de la ejecución, que no es en suma más que un medio auxiliar, y suponen con demasiada ligereza que da lo mismo pintar un cuadro de esta ó aquella época, que es igual pintar una escena religiosa que profana, una batalla llena de sangrientos episodios y conmovedoras escenas que un pacífico interior de hogar donde todo es calma y bienandanza. Cuenta sin embargo que nuestro ánimo no es sostener un extremo, pues ya sabemos que siempre son viciosos; con lo que dejamos dicho no queremos mantener la necesidad de que un pintor de batallas sienta plaza de soldado, pero que al menos haya visto simulacros; ni afirmamos que meses antes de pintar un cuadro religioso, haya que profesar en una orden monástica, ni confesar y comulgar todos los días; basta con que el artista sepa cómo se está en la iglesia y cómo se verifican las prácticas del culto.

Fijos en las erradas ideas que venimos censurando, la cuestión capital es colocar la tela en que se ha acordado pintar, pongamos por ejemplo «La muerte de Domiciano.» Saber que este señor fué emperador de Roma es lo de menos, pero ¿dónde lo asesinaron y por qué? ¿Quién movió la conjuración si la hubo? ¿Los asesinos fueron muchos ó uno solo? ¿El crimen se cometió en el palacio, en un templo ó en la calle? ¿Cómo eran los palacios, los templos y las calles de entonces? ¿Los trajes cómo eran? ¿A qué hora se verificó la escena? En el supuesto de que fuera de noche, ¿el espectador puede ó no apreciar detalles en el cuadro? Así seguiríamos haciendo preguntas hasta hacer perder la paciencia de nuestros lectores, que más de una vez, en presencia de ciertas obras pictóricas, habrán comprendido que el artista debió hacerlas antes de aventurarse á pintar un cuadro que no debió emprender, porque no conociendo el asunto no podía sentir la escena. Y no se nos diga que pretendemos hacer de los pintores sabios y eruditos rebuscadores de datos y detalles, ratones de bibliotecas: hay libros elementales y de poco precio que dicen lo bastante para no cometer desatinos.

En esta como en todas las carreras hay los medios y hay el fin; aquellos son los estudios previamente necesarios, no sólo los que dependen de la mera técnica, sino los que pueden contribuir al perfecto desarrollo de un pensamiento en un cuadro: el fin es este mismo cuadro, esto

es, por donde ahora se ha puesto en moda empezar. Lo que resultará es fácil preverlo y desde luego puede lamentarse.

En una de nuestras anteriores Revistas dábamos somera cuenta de algunos artistas que piensan presentar en la Exposición que debe celebrarse en Madrid en abril próximo. Involuntariamente omitimos á uno de los artistas de más valer que aquí viven ahora, el escultor Antonio Susillo. Modesto cuanto puede serlo un hombre, posee una ilustración nada común, una cultura que acredita prolongado estudio y un amor al trabajo excepcional en su edad y sus condiciones; escultor de nacimiento, vio la luz en la tierra que embellece el Betis y se perfeccionó en París, donde tanto adelanto prueba la escultura moderna. Ha venido á Roma á estudiar lo clásico que late acá por todas partes; ha visitado el eterno museo que constituye la capital de Toscana y se ha embelesado ante las obras magistrales del soberbio Miguel Ángel, de Juan de Bologna, de Donatello y Benvenuto: con estos elementos de que perfectamente se da cuenta, con la sólida base en que se mueve y el tiempo necesario que entra por tanto en todo, Susillo llegará á ser un escultor modelo.

En nuestra patria la escultura nunca ha alcanzado gran florecimiento. Los artistas que se han dedicado á ella han encontrado mil obstáculos que vencer, antes de poder dar salida á cualquier obra; excepción hecha de Madrid y Barcelona, las demás capitales de España reunidas no pueden hacer vivir decorosamente á dos escultores; entiéndase que hablamos de escultores en la rigurosa acepción del calificativo. Los que han emprendido la carrera y á toda costa han querido seguir adelante, han tenido que limitarse á lo pequeño, á lo puramente de gracia, á lo que se vende, han trabajado en fin para el comercio. Aun en esto, sin embargo, cabe manifestar genio, pues al fin y al cabo pequeño es siempre el boceto de lo grande. Susillo para sus obras ha podido poner á contribución sus extensos conocimientos y en verdad que ha conseguido resultados grandemente dignos de ser tenidos en cuenta. Su proyecto de monumento á Becquer es una maravilla; resulta una sentida ilustración para la más dulce de las composiciones del malogrado vate. Sin nombre, sin suscripción ninguna, por su estructura, por sus encantos, se ve que aquella es la tumba de un poeta que cantó llorando y lloró con la armonía de los ángeles; aquel monumento no es la obra de encargo que rara vez deja de ser fría; es el recuerdo de un artista á otro artista, es la traducción en piedra de aquella admirable estrofa:

Antes que tú me moriré: y mi espíritu
En su empeño tenaz,
Sentándose á las puertas de la muerte
Allí te esperará.

El admirable pensamiento del viejo Esquilo: «en cada corazón humano hay un Prometeo» le ha servido para un bellissimo grupo fino y delicado; de un corazón abierto brotan la paz, el amor, el odio, la codicia, los dorados sueños, la avaricia, cuanto es pasión en fin, cuanto la engendra y todo representado por figuras que no mienten, que dicen claramente lo que son. *La tradición popular* tiene, gracias á este artista, una representación de que antes carecía; una representación propia y elevada al mismo tiempo. En desbocado corcel que casi vuela sin riendas y sin estribo, va jinete un hombre en cuya faz se reflejan mil pasiones y al paso suyo murmurando en su oído, van de un lado el amor que ofusca, del otro el genio de la guerra que entusiasma. Tras sí deja la reja en que conversaron los amantes, el Mefistófeles que se recata, la cruz que sirvió de faro, las armas que chocaron sombras amantes que se besan, libros poéticos que hacen estremecer, luz que se apaga, fantasmas que comienzan á surgir y cuanto sirve de base al primitivo elemento literario de los pueblos. *El Misterio*, lo hemos visto representado muchas veces, pero ninguna de la manera acertada que lo ha hecho el artista que estudiamos. Sobre la cabeza de la esfinge, el ángel de la noche.

Susillo, cuyo talento está probado y de cuyas condiciones nadie duda, expondrá también: llevará á la Exposición un bello grupo representando *La primera guerra civil*. En él nada de generales ni soldados; ni muertos, ni heridos de acogojadas expresiones: en el dulce regazo de esbelta matrona, dos rapazuelos que riñen por el turgente seno de la madre.

A. FERNÁNDEZ MERINO.

HISPALA Y SILVIA

POR DON J. TORRES Y REINA

(Continuación)

— Lo he oído todo. Desconfía, Octavio, desconfía. La cita de esa mujer oculta, sin duda, un misterio terrible. Teme, Octavio, teme.

Una ráfaga de aire llevó hasta allí, de un modo imperceptible, como aroma de flor ignorada...

— Adiós, Octavio, adiós...

VII

El día siguiente á la entrevista de Silvia y Octavio fué día de tempestad. Nublos densísimos y de formas monstruosas fueron amontonándose en el cenit, hasta formar

uno como anfiteatro colosal, en el que hubiesen ido á tomar asiento los fantasmas de la muerte.

Largas y blancas líneas luminosas partieron al fin en rápidos zigs-zags de uno y otro lado y se cruzaron como espadas de titánicos gladiadores, que producían al entrecrocarse el bronco y seco estampido de los truenos.

Un águila que se atrevió á cruzar por debajo de la nube tempestuosa, fué herida por el rayo, y cayó muerta á las gradas mismas del Capitolio.

El presagio no podía ser más pavoroso, y la ciudad estaba aterrada. El Senado suspendió sus tareas, y los senadores huyeron temerosos á sus moradas.

Muy entrada ya la tarde, fué disminuyendo la lluvia. Solo se oía de vez en cuando retumbar en lontananza alguno que otro trueno. La negra cortina de nubes se rasgó por fin hacia el Poniente, y pudo verse al rojo disco solar hundirse en el lejano horizonte.

Norbano Máximo, el augur que á la sazón gozaba de más prestigio en Roma, pasó gran parte de aquel día en el Capitolio, conferenciando secretamente con el cónsul Póstumo Albino, á quien hizo terribles predicciones y anunció peligros inminentes.

El augur había consultado los libros sagrados de Prenesto, é interrogado á la tempestad. Los dioses mismos le habían hablado en la voz de la tormenta. No podía, pues, equivocarse; sus predicciones eran infalibles.

VIII

Cerró la noche.

Los ediles habían recorrido la ciudad de Roma, habían registrado las encrucijadas y los alrededores de los monumentos públicos. La orden de apagar los hogares había sido dada. Todo dormía, al parecer, en la ciudad eterna.

En la morada de los cónsules no reinaba, sin embargo, la tranquilidad. Algo grave debía ocurrir, pues los lictores custodiaban todas las entradas y salidas.

Por una puerta situada á espaldas del edificio salió sigilosamente un numeroso grupo de hombres armados, al mando de un centurión. Habían recibido orden de no hablar y de hacer el menor ruido posible. Los soldados marchaban en oscuridad casi completa, dejando oír tan solo el unísono de sus pasos iguales y acompasados. Recorrieron de aquel modo gran número de calles, y llegaron á las afueras de la ciudad. Siguieron caminando aun algún tiempo, hasta que por fin el centurión mandó hacer alto. Hallábanse á unas tres millas de Roma, ante una quinta completamente aislada en medio del campo. Distribuyése de corto en corto trecho el suficiente número de hombres para rodear la quinta por completo. La consigna era absoluta: de aquella casa no debía salir nadie, sin caer en manos de la tropa. Hecho esto, el centurión se dirigió con el resto de los soldados hacia la puerta, ante la cual se detuvieron. El silencio de la noche dejaba oír algo como arangas, algo como explosiones de asentimiento, confusión, en fin, extraña y singular en el interior de aquella morada. Un coro de multitud de voces de hombres y mujeres estalló al fin distintamente.

¡Afilad en la sombra el acero!
Que penetre con golpe certero
Del déspota odiado en el vil corazón:
Y de Baco el espléndido solio
Coronando verá el Capitolio
Del orbe romano la esclava extensión.

— ¡Mueran el Cónsul! — gritó con ronco acento una voz. Un ¡MUERA! unánime y de rencor profundo contestó en el acto.

En esto, se abrió muy despacio, sin rechinar apenas sobre sus goznes, la pesada puerta que daba acceso á aquella morada, y apareció en los umbrales un hombre de fantástico aspecto. Los rojos destellos de un hachón que sostenía en una mano permitía examinarlo distintamente. Vestía el traje simbólico de los augures. Espesa barba blanca hasta la cintura no le daba un aspecto venerable; bajo la angosta y deprimida frente de hirsutas cejas brillaba la perfidia de unos ojos hundidos y pequeños; contracción siniestra en la boca, habría parecido sonrisa á no infundir espanto. El fantasma llamó con la mano al centurión. Este se le aproximó rápidamente, y le preguntó en voz baja:

— ¿Ya?

— Ya, — contestó el augur. — Sólo respetarás á la del tirso de oro.

— Guía.

El centurión y sus soldados, precedidos del augur, que iluminaba el camino con su antorcha, se internaron en el edificio.

Faltaba sólo atravesar una habitación para llegar á la sala de los conjurados. Al pisar el augur los umbrales de aquella habitación, una voz varonil y potente gritó con toda su fuerza:

— ¡Traición!! ¡el augur!!

Y Norbano Máximo rodó á tierra, muerto de una rabiosa puñalada. Casi al mismo tiempo, cayó exánime sobre él su agresor, atravesado por la espada del centurión.

Los soldados se precipitaron en tropel hacia la sala de los conjurados, donde, al escucharse el grito de «¡traición!» seguido de dos ayes de muerte, había reinado, sólo por brevísimos instantes, pavoroso silencio.

El centurión se adelantó rápidamente á sus soldados, y penetró antes que ninguno en el lugar de la conjuración. Lo primero que se ofreció más distintamente á sus ojos,

fué una mujer vestida de blanco y que sostenía en su diestra un tirso de oro. La mirada de aquella mujer, así como su actitud, rebosaban altivez. Hallábase colocada ante una grosera efigie, de tamaño natural, que representaba al cónsul Póstumo, y que tenía un puñal clavado en el sitio del corazón.

El centurión corrió sin vacilar hacia aquel punto de la sala, y gritó á sus soldados, mientras guarecía con su cuerpo el de la joven:

— ¡Esta mujer es sagrada! ¡Mueran todos los demás!!

La escena de matanza y de carnicería que siguió á las palabras del centurión es indescriptible.

IX

Hasta hacía muy poco, habían permanecido envueltas en el misterio las monstruosidades de las orgías dionisíacas: diéronlas á conocer secretas confidencias hechas al cónsul Póstumo por la célebre cortesana Híspala Fecenia.

Constituían los adoradores de Baco una formidable asociación extendida por toda la república romana, y cuyo número aumentaba de día en día: sólo en la ciudad de Roma había más de 7,000 iniciados, entre los que se contaban individuos pertenecientes á las más altas clases sociales y á las familias más distinguidas.

Comenzaban las bacanales con la puesta del sol. Lugares preferidos eran los apartados é incultos, con tal de hallarse en las proximidades del mar ó de un río. Los hombres fingían furios sagrados; las bacantes, dando ebrios alaridos, los cabellos al viento, en estado casi completo de desnudez, corrían hasta el mar ó hasta el río, llevando antorchas apagadas de resina, cal viva y otras sustancias, que sumergían en las aguas, de donde las retiraban en el acto encendidas.

De las bacanales salían falsos testimonios, testamentos falsificados, envenenamientos, muertes tan secretas, que los cuerpos de las víctimas no podían ser habidos para darles sepultura.

Las iniciaciones eran siempre nocturnas. Y ¡ay de aquellos que se negaban á prestar el juramento que se les exigía, ó que después de haberlo prestado lo quebrantaban! ¡Ay de los que se atrevían á manifestar desagrado ó siquiera frialdad por aquel ominoso culto! Inmolados en el acto como víctimas, cavernas escondidas ó pozos profundos ocultaban el secreto de su muerte. Redobles de tambor, estridencias de címbalo, ebrias carcajadas, aullidos feroces... impedían con su infernal estruendo oír los ayes de los moribundos.

Al rasgarse velo tan tenebroso, el pueblo y el senado se estremecieron. Un senatus-consulta en el que se conminaban con las penas más severas los horrendos crímenes de las bacanales, y en el que, á fin de que la reunión de los iniciados no pudiese hallar pretexto ninguno, se prohibía toda clase de fiestas nocturnas, fué circulado en tablas de bronce á los pretores de todas las provincias (1).

Póstumo obró con actividad y prudencia, y mereció por ello el aplauso del Senado.

Júzguese de la satisfacción producida por la noticia de que el cónsul Póstumo había sorprendido una bacanal la noche anterior. Una bacante, prodigio de hermosura, — al decir de los que aseguraban haberla visto, — estaba juramentada para dar muerte al supremo magistrado de la república.

A no ser por los augurios de Norbano Máximo, el cónsul Póstumo habría sucumbido al filo del puñal de la conjurada. La admiración por el prestigioso augur y por su hierática ciencia crecía de punto y se comentaba con mil detalles fabulosos. El trágico fin que siguió á tan maravillosas predicciones contribuyó poderosamente á hacer popular en Roma durante mucho tiempo el nombre de Norbano Máximo.

X

El cónsul Póstumo había mandado retirar al centurión.

Todos los conjurados habían perecido. Se proponían, no sólo matar al Cónsul, sino á toda su familia, y especialmente á su sobrino Octavio, á quien no perdonaban el haber dado muerte cerca de Nápoles al gran corifeo de Baco.

Sólo á una mujer había el centurión perdonado la vida: á la del tirso de oro. Esta mujer era hermosísima, y se hallaba ante el Cónsul en actitud majestuosa. Póstumo tenía fija sobre ella una mirada escrutadora; la contemplaba con admiración. En vano buscaba en sus facciones esa mezcla de audacia y de impudor propios de una mujer avezada á los desenfrenos y horrores de las bacanales. La joven, cuyo semblante coloreaban á un tiempo el rubor y la cólera, le devolvía mirada por mirada: estaba prisionera, pero no vencida.

— ¿Cómo te llamas?

— Silvia.

— El centurión me ha dicho que te llamas Dánae.

— Ya Dánae pertenece á la región de las sombras.

— Entonces, bacante, ¿cuál es tu nombre?

— Yo no soy bacante.

Tenía esta denegación tan enérgico acento de verdad, que el Cónsul se sintió impresionado.

— Pues si no eres bacante, ¿cómo estabas en la bacanal?

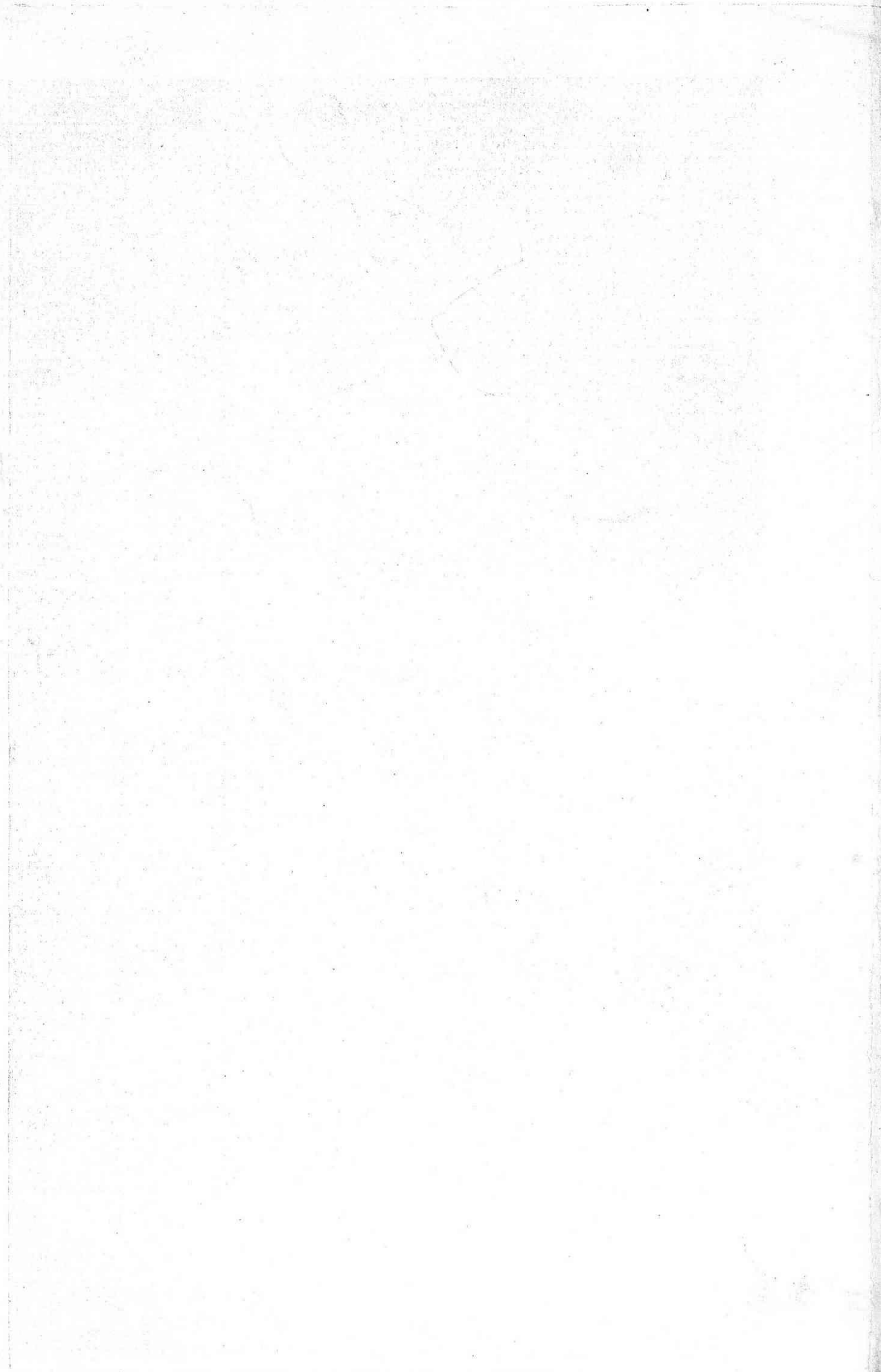
(1) Una de estas tablas se conserva actualmente en el Museo de Viena. Fué hallada el año 1640 en unas excavaciones de Tirioli (Cagliari ulterior) por el arqueólogo J. B. Cigala.



LA PRESENTACION, cuadro de M. Brozik



SALÓN DE JUEGO EN MONTE CARLO. CUADRO DE LUIS BOTELMANN



Ministerio de Cultura



LECTURA AL AIRE LIBRE, cuadro de Kemendy

— Porque esta noche se trataba sólo de una conjuración contra tu vida.

— ¿Y tú querías mi muerte?

— Quería matarte. Cuando entraron los soldados, prestaba yo el juramento sobre el tirso de oro.

— ¿Y no podías matarme sin ir á la bacanal?

— Siempre sales rodeado de lictores, y en tu morada no se puede entrar.

— Pero, ¿pueden entrar los conjurados de Baco?

— ¿No faltan ahora en tu morada libertos y confidentes tuyos? Búscalos entre los muertos de esta noche.

— Con que la conjuración aflaba su puñal junto á mí...

— Pero le faltaba corazón y brazo que lo blandiera: por eso me buscaron.

— Y, ¿por qué á tí?

— Las entrañas de las víctimas han revelado á los arúspices de la conjuración que sólo una virgen puede darte muerte.

— ¿Y quién te buscó?

— Bien puedo decir sus nombres, puesto que tu brazo no puede ya alcanzarlos.

— ¿Quiénes eran?

— Norbano Máximo y Dánae.

El Cónsul meditó en silencio, y dijo como hablando para sí:

— Norbano... Dánae...; — y dirigiéndose á Silvia exclamó:

— ¿Conoces tú á Híspala?

— De nombre.

— ¿Era augur Norbano Máximo?

— Augur era.

— ¿Sabes si Dánae era liberta de Híspala?

— Nada sé.

El Cónsul volvió á meditar.

— Pero tú, ¿qué ganas con mi muerte?

— Vengarme.

— ¿De qué? Yo no te conozco. ¿Qué agravio he podido hacerte yo?

— Hace un año, existía un romano insigne, honra de las legiones, anciano respetable y respetado, página viviente de nuestra historia; centurión renombrado en Italia, en España, en Sicilia; que regresó con las reliquias del ejército romano de aquella desgraciadísima jornada bajo Terencio Varrón; que se halló después en las gloriosas márgenes del Metauro. Pues bien, jese... ese... ha muerto en *Palus-Maotide*, proscrito por tí, calumniado vilmente! No murió en el campo de batalla; murió sin honra en el destierro.

— Proscrito por mí... ¿quién era ese centurión?

— Mi padre.

— Su nombre.

— Anlus Albano.

— ¡Qué dices! ¿proscrito por mí Anlus Albano!... ¿Cuándo?

— Cuando mandaste al Ponto á los iniciados de Baco y á sus hijos infelices. Y mi padre no era de los iniciados ni yo tampoco. Y mi padre murió allí, lejos de sus lares. Y, al darle tierra, yo no morí de angustia, porque juré vengarme. Y aquí me tienes. He caminado descalza, heridos los pies, he sufrido hambres horribles, he creído morir de sed... ¡pero he llegado!

El Cónsul paseaba agitadamente por la estancia, con visibles muestras de indignación y de pesar. De pronto se detuvo y exclamó en alta voz, como si hablase consigo mismo:

— ¡Y he sido juguete de esa mujer!... Híspala, Híspala...

Aquel nombre, pronunciado ya en tres ocasiones por el Cónsul, quedó como grabado con caracteres de fuego en la mente de Silvia.

Póstumo añadió:

— Pero, ¿quién en la lista de proscripción pudo incluir el nombre de Albano?

— ¡Qué irrisión! El hombre que rige los destinos de Roma y del universo, ignora sus propios actos.

— Por Júpiter Capitolino te juro que en la lista de proscripción no estaba el nombre de tu padre.

— Pues, ¿cómo nos desterraron?

— Al menos cuando yo la ví. ¡Yo desterrar á Albano! ¡creer yo calumniar tan grosera! Sabe, Silvia, que él me salvó la vida en Cannas.

Póstumo se aproximó á la joven y le dijo con voz conmovida y cariñosa:

— Aun cuando hubieras atentado realmente contra mi vida, aun cuando esa diminuta mano hubiese herido mi pecho, yo te perdonaría.

— ¡Devuélveme á mi padre! — gritó Silvia con desesperación, y dos lágrimas cayeron rutilantes de sus ojos.

— ¡Ah! — rugió el Cónsul; — ¡quién pudiera con esta vida



PAOLO Y FRANCESCA, bajo relieve de Susillo. (Véase la revista *Desde Roma*, pág. 286.)

que le debo satisfacer al menos á sus ultrajados manes!

— Estoy sola, completamente sola en la ciudad de Roma y en el mundo. Hogar, familia... todo lo perdí!

— Mañana te será devuelto tu confiscado hogar.

— No, no quiero recibir nada de tí.

— Nadie recibe de otro lo que es suyo.

Vanas fueron las súplicas de Póstumo. Silvia se negó á aceptar nada del hombre, si no causa, instrumento de su desgracia. El Cónsul hubo de contentarse por entonces con devolverle la libertad.

XI

La salud de Octavio se alteraba visiblemente, al extremo de llegar á inspirar á Póstumo serios temores. El Cónsul, que en más de una ocasión había oído á su sobrino hablar con entusiasmo de Nápoles, de su mar, de sus olas azules, de sus playas risueñas, de las verdes colinas de aquella tierra privilegiada, aconsejó á su sobrino que volviese á aquel país de su predilección, en la esperanza de que la vista de nuevos y más alegres horizontes desterraría la pasión de ánimo que iba minando sordamente la existencia de Octavio.

Más de un mes hacía que se hallaba instalado el joven en una hermosa casa, desde donde se descubrían, por una parte las serenas riberas del golfo, y por otra los fértiles y accidentados paisajes de la Campania. La salud de Octavio, sin embargo, lejos de mejorar, iba empeorando por momentos.

Híspala, cuya pasión se acrecentaba de día en día, á pe-

sar del manifiesto desvío de aquel á quien ella no podía resignarse á dejar de considerar como su amante, lo había seguido á Nápoles. Hallábase instalada con toda su servidumbre en una casa que poseía próxima á la de Octavio, y se pasaba á su lado la mayor parte del día y de la noche cuidándolo con amante solicitud. Pero tan incansables desvelos no hacían más que aumentar el tedio que la presencia y las caricias de la antigua cortesana producían en el ánimo del joven. En su amoroso delirio por Silvia, creía Octavio robar algo al culto de aquel ídolo de su alma, en cada frase, en cada mirada que se veía obligado á dirigir á Híspala.

La debilidad del joven había llegado á ser tanta, que se veía imposibilitado, hacía algún tiempo, de dar, como en los primeros días de su llegada á Nápoles, un paseo allá á la caída de la tarde por las colinas que corren paralelamente á la playa. No consintió nunca Octavio que nadie le acompañase en aquel paseo. La soledad de aquellos sitios y de aquella hora poseía para el joven un encanto indefinible. Entre aquellas colinas solitarias había encontrado una tarde á Silvia... La presencia de otra persona habría venido á turbar la dulce melancolía de tan adorados recuerdos.

Híspala, que conocía la causa secreta de tal predilección, había derramado muchas lágrimas viendo alejarse por las tardes á Octavio. Ella, que habría dado sin vacilar su vida por un solo capricho de su amante, sentía oculta é infernal complacencia al verlo imposibilitado de proporcionarse aquella única distracción. ¡Sangriento y encarnizado egoísmo de los celos!

El médico mismo de Póstumo se había trasladado á Nápoles para cuidar del enfermo. Un día dijo Híspala al sabio:

— Léntulo, ¿es posible que, siendo tú la admiración de Roma y del mundo, nada puedas contra la enfermedad de Octavio? ¿en los recónditos arcanos de tu ciencia no existe remedio alguno contra ese mal?

El sabio, después de permanecer algún tiempo como recogido en su propio pensamiento, alzó lentamente la cabeza, y dijo con acento sibilino:

— Aun podría haber esperanza.

— ¡Yo lo sabía! ¡yo estaba segura de ello! — prorrumpió Híspala en un acceso de entusiasta júbilo; — con razón te admiran Roma y el mundo; Léntulo, con razón te llaman el sabio de los sabios.

Léntulo repuso gravemente:

— Es muy difícil, casi imposible, hallar lo que se necesita.

— Aun cuando sea imposible te digo que yo lo hallaré. Habla, Léntulo, habla. ¿Hay que hacer ofrendas á los dioses? Todos mis bienes, mis alhajas todas, cuanto poseo. ¿Hay que surcar los mares? ¿Hay que ir lejos, muy lejos, más allá de esas montañas por

donde el sol se pone? ¿Hay que llegar hasta los inhabitados confines de la tierra?...

Aquella naturaleza se sublimaba por el amor. Aquel rostro, dispuesto siempre á contraerse por la terrible cólera de los celos, se hallaba transfigurado; en aquel momento resplandecía en él toda su soberana belleza; las negras y grandes pupilas, dilatadas y ligeramente humedecidas por la emoción, llenaban casi por completo los huecos de aquellos ojos magníficos; entre las larguísimas pestañas titilaban con todos los cambiantes del iris dos lágrimas encantadoras, dos lágrimas dentro de las cuales jugaban y sonreían á un mismo tiempo el amor y la esperanza; en los trémulos labios, semejantes al entreabierto cáliz de una amapola silvestre agitada por las brisas de la montaña, se pintaba una ansiedad indescriptible.

Si Octavio se hubiese hallado cerca de Híspala, si la hubiese visto de aquel modo, si hubiese caído dentro de aquella esfera de luz, se habría sentido arrastrado por atracción invencible, y habría vuelto á amar á aquella mujer, aun cuando hubiera sido sólo por breves instantes.

Léntulo, abstraído en honda meditación, dijo, sin levantar la vista del suelo, donde parecía buscar la solución de un enigma:

— Existe un insecto maravilloso; si lo tuviésemos, Octavio sanaría.

— Pues lo tendremos.

— ¡Estás loca!... Yo, durante mi vida toda consagrada á la ciencia, sólo he conseguido ver un ejemplar.

— Pero... ¿dónde está? ¿dónde podrá hallarse? Habla, Léntulo, habla.

- Hay una mariposa cuyo cuerpo tiene el color y la transparencia del topacio, y cuyas alas son rojas como la sangre. Esa mariposa se alimenta con la espuma de las olas del mar. Está dotada de vista y oído tan delicados, que es imposible aproximarse a ella. No bien sospecha que pretende alguien darle caza, se interna mar adentro a donde no hay posibilidad de seguirla. Si tuviésemos una mariposa de esas, yo confeccionaría con ella un medicamento encantado, y Octavio sanaría inmediatamente.

Al pronunciar estas palabras, Léntulo envolvió sus brazos entre los anchos pliegues de su toga, y se alejó con grave y mesurado paso.

XII

Hispala, seguida de sus esclavas, pasó muchos días espiando con avidez la rompiente de las olas en la arena de la playa. Muchas veces la sorprendió la noche en las solitarias riberas del golfo rendida de cansancio. A medida que el sol declinaba cada día, su desaliento era mayor.

Una tarde, en que desesperada ya y habiéndose alejado gran trecho de sus mujeres, se hallaba sentada a orillas del mar, vió acercarse a ella una joven a quien no reconoció como de su servidumbre.

- Han pasado ya dos nundinas, - le dijo aquella mujer, - desde que pregunté a tus esclavas qué venías a buscar todos los días a este sitio. Desde entonces, he estado buscando lo mismo que tú.

(Continuará)

EL HUMORISMO

Mientras el hombre se agite y viva, ahondando sus raíces intelectuales y morales en un pasado, que le sirve a veces de losa de plomo, al contener la exuberancia de su loco fantasear, y a la vez empleando sus energías en un presente fugaz, que es línea eternamente móvil del suceder, y entreviendo un porvenir que le seduce, sentirá en el fondo del alma la emoción imperecedera de la belleza y del arte. Contra todas las lúgubres y apocalípticas profecías de que «los dioses se van,» anunciando que el prosaísmo de la existencia asfixia la inspiración artística, se puede afirmar con las pruebas incontrovertibles de los hechos y de la constitución humana que el ser que vive dentro de un presente que le hastía y anhelando un porvenir que cree le satisface sentirá eternamente la nostalgia de la realidad que le rodea y le enajenará descubrir en ella el hálito vivificador de la belleza y del arte.

Siempre será símbolo plástico y encarnación seductora de estas febriles pretensiones que dan por muerto lo que se está haciendo y renovando a toda hora, es decir, el destino humano, aquel aparatoso y gigantesco alambique, con sucias retortas, de que se valían los antiguos alquimistas para perseguir el imposible de la piedra filosofal ó el alfa y omega de la existencia humana. ¡Enigma perdurable y signo constante de la insaciable ambición de los mortales ha sido y seguirá siendo condensar lo que fué con lo que ha de ser en el punto de conjunción de un presente que no bien se alcanza, se pierde y diluye en el panteón de lo pasado!

Lo nuevo, cual germen que contiene en sus complejas sinuosidades los derroteros que ha de seguir el hombre en el cumplimiento de su destino; lo ideal, que pide plaza en la existencia; la aurora de lo porvenir, que aparece en el inmenso horizonte de nuestra vida intelectual y moral, no disipa ni suplanta, como un tachón borra equivocaciones de la escritura, lo que ya ha hecho su historia y tomado cuerpo en la realidad; de igual modo que la luz, por refulgente que sea, no suprime, sino que aleja las penumbras y sombras del horizonte exterior.

Por vías y procedimientos desconocidos, que se traducen más tarde en el gran drama de la historia, se combinan ambos elementos y como signo de estas combinacio-

nes se engendran el contraste, la oposición y la antítesis, nuncios venturosos de síntesis más amplias que se efectúan, determinando puntos de proximidad ó verdaderas corrientes de afinidad entre los polos extremos.

A la manera original y personalísima, según la cual el genio piensa y siente y después expresa el contraste, la oposición y antítesis, cuando no la paradoja real ó aparente, entre los elementos ó factores que fermentan en el hervor de la vida individual y social, se refiere el procedimiento artístico del humorismo.

Es el humorismo una manera individualísima, propia, única en cada escritor de pensar y sentir. En él toma el artista como criterio único la experiencia variable de la sensibilidad, ante la cual aparecen la contradicción y la paradoja como sus caracteres inherentes. El cambiante de luz y color, la faceta múltiple y variable de la realidad, la inconsistencia de lo que aparece, ocultando lo que es, y la reverberación del genio personalísimo ó de la idiosincrasia moral del artista rodean al humor de un cierto encanto, que seduce. En el humorismo la materia artística ó asunto poético es la causa ocasional, el pretexto de que el escritor se vale para dar forma plástica a lo sustancial de su genio. Existe, pues, en el procedimiento humorístico un predominio de la subjetividad del artista sobre lo objetivo y real de las cosas concebidas y sentidas. Y cuando se exagera hasta un límite inadmisibles esta circunstancia, se llega, por exigencia de un chiste ó rasgo de humor, a sacrificar todos los elementos artísticos.

En el humor todo consiste en la factura, en la manera de hacer. Por la virtud misteriosa del genio se puede

pecie de Jehová despiadado y vengador.

Indicaciones someras en asunto tan delicado bastarán para que se comprenda bien lo que venimos diciendo. Aparte todo afecto personal (que ciega a quien se lo profesamos), en el vicio a que nos referimos cae con excesiva frecuencia y logrando efectos contraproducentes uno de los escritores contemporáneos de más genio y saber, el celebrado Clarín, en sus críticas, no de obras, sino de autores. Del mismo pecado se puede acusar a Campoamor, que fué impío, injusto a sabiendas y parcialísimo en su antigua polémica contra los Krausistas ó caballeros de la lenteja como él los llamaba. Reincidió después en la misma falta, aunque entonces devolviendo golpe por golpe, al defenderse de la acusación de plagio. Y es en personalidad tan indiscutible como Campoamor, en genio que preside en vida la apoteosis de su gloria, más censurable que en cualquier otro esta flaqueza, tan contraria a los hábitos, que constituyen su idiosincrasia moral pastosa por lo buena. Quizá argüirá Campoamor que pocos se ven libres de semejante falta, pues el mismo Goethe usó y abusó de su talento y de su humorismo para triturar despiadadamente en sus *Die Xenie* a aquellos que no le prestaban el culto a que él se creía acreedor. Es cierto, ciertísimo, pero también lo es que estas flaquezas (también tiene manchas el sol) se deben tener en cuenta para evitarlas y no para copiarlas ó exagerarlas. En lo que se refiere al humorismo de las personas, se puede citar un ejemplo, en el cual no se rebasan las condiciones que requiere. El señor Valera, en cartas ó diálogos a Grafila, comenzados a publicar en la *Revista de*

exaltar la grandeza de lo pequeño, escudriñando a la vez la pequeñez de lo grande. Y en ambos casos, el cristal donde refleja su pensar y sentir el humorista, es el factor principal. Muchas de las más bellas poesías de Goethe y Byron descansan en un dato real, inapreciable para la generalidad de las gentes, y cuando alguno envidia al poeta aquella agradable aventura se equivoca, porque lo que debía hacer es sentir emulación ante aquella fantasía genial, que ha sabido convertir un suceso vulgar en asunto tan grande y tan bello.

¡Quién sabe si en los derroteros, siempre nuevos, que va persiguiendo el progreso del arte, servirán estas múltiples perspectivas del humorismo como otros tantos jalones, que preparen en su día la condensación y síntesis del sentido artístico en epopeyas más geniales que las conocidas hasta ahora!

Pero el humorismo, aunque impregnado de cierta atmósfera escéptica, implica una trascendencia moral innegable. Usa de lo cómico y de lo ridículo, pero a la vez que ríe, llora; censura con amor, zahiere y aun se burla con cierto dolor y jamás se deja de sentir en él un aura de simpatía hacia aquello mismo que reconoce como malo é imperfecto. La sátira despiadada es contraproducente en el humorismo.

Se aplica el humorismo a cosas y personas y parece que respecto a las primeras no haya nada que advertir, puesto que el espíritu reformista y el hálito innovador, que vivifican la inspiración, imponen por sí mismos el límite que separa el uso del abuso en los recursos de lo ridículo y de lo satírico. Pero cuando el humorismo se aplica a las personas (siluetas cómicas de un individuo, caricatura de un personaje, parodia ó copia de las faltas de alguno), debe cuidar diligentemente el escritor de no recargar la paleta, convirtiendo el toque genial en brochazo de mala ley ó la censura en insulto. Siempre será por tales razones más difícil el humorismo respecto a las personas que aplicado a las cosas. Ha de comenzar el humorista por poseer un gran fondo de honradez y sentido moral, sin cuya condición (por aquello de que ha de ser irreprochable el que reprenda) la crítica no cumple con su ministerio. Además, en el humorismo con las personas se corre el grave riesgo de que el juez y censor se convierta, sin mesura ni imparcialidad, en es-



LA TRADICIÓN POPULAR, bajo relieve de Susillo. (Véase la revista *Desde Roma*, pág. 286.)

España, usa de un humorismo seductor con todo el atildamiento y corrección propios de su carácter; censura y no insulta, ridiculiza, sin ser injusto, y en cierto modo cumple el precepto horaciano, *pariterque monendo*.

A algunos parecerá ésta una distinción alambicada, pero aun podemos reargüir diciendo que en todas las cosas se puede llegar al polo, á lo más alto, sin necesidad de



Fig. 1. — El Penitente prendiendo el grisú

terminar en punta, que atraiga la tormenta y con ella los rayos de la ira. Además, si el humorismo es, según hemos dicho, procedimiento artístico, que pone de relieve y en primer término la personalidad del artista, bien se puede anticipar, comentando en vivo la frase inglesa «que se debe ser bueno hasta por cálculo,» que cuando se exagera impiamente la flaqueza del prójimo, en ella va envuelta también la nuestra propia, y que quien, con el placer de los dioses paganos, el de la venganza, menosprecia á los demás, menospreciado queda por él mismo. Sí; que en la doble faz, que todas las cosas presentan, tanto se puede ver en Diógenes escultura de carne de una idea noble como encarnación plástica de un egoísmo repugnante.

Para concluir, en el humorismo el escritor se ofrece en espectáculo ante sí y ante los demás; que cuide, pues, diligentemente de no remover el cieno del fondo humano, porque sus miasmas intoxican á todos y el humorista, por serlo, no posee antídoto contra el veneno y que no olvide el gran precepto moral del poeta latino: *parcere personis, dicere de vitiis*.

U. GONZÁLEZ SERRANO

LA EXPLOTACIÓN DE LAS MINAS

EN EL TRASCURSO DE LOS SIGLOS

III.—PROGRESO QUE HAN REPORTADO LAS MINAS. — No podemos hacer ahora el resumen de todos los progresos y adelantos debidos á las explotaciones mineras cuyo uso se halla propagado por todas las naciones; pero debemos observar que la máquina de vapor nació en las minas inglesas de hulla, que en ellas se ha ido perfeccionando y que desde ellas se ha extendido por todo el mundo; debiendo asimismo decir que el servicio que ha prestado en el siglo pasado, aunque todavía no se hubiera perfeccionado, ha sido tan importante que no puede menos de llamarnos la atención el gran interés que la industria minera ha tenido en sustituir con el vapor el trabajo material del hombre.

Las máquinas de vapor, por las que Savery y Newcomen obtuvieron patente de invención, en el año 1680, se componían de una capacidad ó espacio hueco que comunicaba con la caldera por medio de un tubo y en la que se hacía el vacío introduciendo gran cantidad de agua. La llave destinada á la introducción del vapor se cerraba á mano cuando empezaba la condensación, y se abría también á mano cuando, impelido por la atmósfera, bajaba el pistón al extremo inferior de su carrera.

Para comprender la gratitud y reconocimiento que debemos á las explotaciones en las que máquinas de tanto coste han prestado tan admirables resultados, no basta recordar el hecho, por todos conocido, del pilluelo que, para poder ir á jugar á las bolas, tuvo la idea de hacer que la llave se abriera y cerrara automáticamente por el juego del balancín; sino que es necesario saber lo que generalmente se ignora, y es que la idea de introducir agua, hasta llenar el pistón para condensar el vapor, por sencilla que parezca, fué descubierta por una feliz casualidad que le ocurrió á uno de los inventores de la primera máquina.

Como Newcomen se viese obligado á dar grandes proporciones á los pistones, no conseguía que cerraran herméticamente; y á fin de evitar las pérdidas del vapor que se escapaba por entre el pistón y el cilindro, le ocurrió recubrir los pistones con una capa de agua que sirviese de junta hidráulica. Como observase un día que un pistón mal construído funcionaba mejor que los otros, llamó esto su atención; y tratando de encontrar la razón de tal anomalía, descubrió que tan admirable efecto se debía sólo á la introducción del agua por los huecos de las juntas. Desde aquel día el arte del enfriamiento dió un gran paso. Se comprendió el absurdo de limitarse á poner en contacto la pared caliente con una masa de agua fría que sólo podía obrar de un modo indirecto, en virtud de la conductibilidad, y se puso en contacto inmediato al

vapor con el agua, lográndose de esta suerte que, suprimido un intermediario inútil y perjudicial, se obtuviesen grandes adelantos.

Mas no sólo se deben á las minas inglesas las máquinas de vapor; debémoslas también los rails ó caminos de hierro. Los carriles se conocían desde tiempo inmemorial y particularmente en tiempo de los romanos. Sabido es que las vías construídas por el pueblo rey para mantener la comunicación entre la ciudad eterna y los pueblos sometidos á su imperio se hallaban empedradas con grandes losas pulimentadas como el vidrio y que disminuían mucho el frotamiento. Todavía se encuentran restos de estas piedras con la huella del paso de las ruedas y que aun conservan la forma de rails cóncavos.

Pero, prescindiendo de esto, es lo cierto que la primera vez que se construyó un camino con carriles de hierro fuera de las minas, debió ser en el año 1680, en Newcastle-upon-Tyne, al efecto de facilitar el transporte de los carbones desde el pozo de extracción á los muelles de carga de los navíos. En 1767, M. Reynold, ingeniero constructor del primer puente de hierro de la Gran Bretaña, inventó el empleo del hierro en la construcción de rails que hasta su tiempo se hacían de madera y no servían más que para carruajes con tres toneladas de peso. En 1776, el director de las minas de hulla del duque de Norfolk, cerca de Sheffield, dió á cada uno de los rails la figura de una Γ . Por último, en 1693 se descubrió el modo de unir los dos rails en \perp unidos en su parte superior, y poco tiempo antes los propietarios de las minas de Northumberland habían encontrado la manera de enlazar unos con otros y formar grandes líneas.

En estos últimos años, el progreso, que tanto se ha desarrollado fuera de las entrañas de la tierra, ha penetrado también en ellas, introduciendo en las minas caballos para el arrastre interior á pesar de la resistencia de los obreros, por desgracia todavía poco instruídos, que no comprendían que tan útil innovación les produce mayor bienestar y les da mayor dignidad que las que pueden reportarles las violentas declamaciones contra el abuso del capital; pues en las minas administradas con inteligencia queda reducido su trabajo á colocar la hulla y el carbón en las bestias de carga.

En la actualidad no puede satisfacer el grosero método empleado por los hulleros de otros tiempos para desalojar de las galerías el grisú que en ellas se acumulaba, para lo que se valían del fuego; hoy nos hallamos muy distantes de la época en que el *Penitente* se echaba en tierra sobre las rodillas, con la cabeza envuelta en una especie de capuchón y llevando en la mano una larga mecha encendida (fig. 1). Las galerías se hallan siempre ventiladas y en ellas se disfruta una corriente de aire fresco á la que los ventiladores modernos dan una gran regularidad y una excesiva abundancia, que no se había podido obtener con los anteriores procedimientos, mucho más adelantados que el antiguo método tan peligroso, tan bárbaro y tan absurdo. Ni satisfacen tampoco en el día las corrientes de aire que se obtienen por medio de cierta clase de chimeneas en cuyo interior se quema una pequeña cantidad de hulla. Por eso el *Penitente*, el hijo perdido del abismo, no se ve en la necesidad de exponerse á ser abrasado por el gas ó á morir aplastado por las piedras. Pero, no obs-

tante tantos adelantos, siempre encuentra el minero ocasión de manifestar su abnegación por la causa común y manifiesta ser un verdadero héroe cuando sin temor ninguno salva la vida de sus compañeros. No debe juzgarse al minero cuando está fanatizado por las predicaciones demagógicas, y la cruz que se da á los defensores de la patria estaría más honrosamente adornando su pecho.

De la talla se extrae el mineral ó la hulla por varios medios, la mayor parte de ellos muy ingeniosos y económicos, á las galerías de arrastre en cuya boca se forman los trenes que son arrastrados por las caballerías de la mina que á ellos se enganchan y llevan hasta su descargue. Antes se descargaban los wagones y tenía que ponerse otra vez el mineral amontonado en cestos; pero los adelantos que el arte de la tracción ha hecho desde que se han descubierto los ferrocarriles, se han aplicado al transporte de la hulla: así que, cargados á granel los wagones, se les sube hasta el punto de descargue, y una vez que se han descargado, vuelven á ser llevados al punto en que se encuentra el filón en el que trabaja el obrero.

El resultado que con mayor interés se trata de obtener es disminuir, en todo lo posible, las manipulaciones que se efectúan en el interior de la mina y reemplazarlas por otras que puedan hacerse á cielo descubierto.

Los caballos, cuya existencia en las minas recuerda la de los esclavos de la antigüedad, sienten una gran repugnancia á bajar á su nuevo centro; tiene que introducirse los á la fuerza en la jaula y tan espantados se encuentran cuando llegan abajo que parece que están muertos; pero recobran sus fuerzas con una rapidez extraordinaria, y llegan á aclimatarse muy bien en la temperatura siempre igual de las minas. Se ponen más gordos y rollizos, les crece el pelo y casi se hallan libres de las enfermedades propias á su especie; pues si bien es cierto que las Compañías tienen veterinarios que los visiten, esta medida no tiene otro objeto que el de cerciorarse si los mozos de cuadra les dan buena alimentación ó venden parte de la cebada que para ella se les pasa.

Pero tal adelanto no es la última palabra de la ciencia: hay minas por cuya jaula baja la locomotora y en las que corren sobre los railways modernos máquinas iguales á las de las vías férreas.

Sir Humphry Davy ha descubierto también para los mineros la lámpara que ha hecho su nombre inmortal y ha salvado á más desgraciados que los que puedan perder las locas insurrecciones contra la ciencia. No nos ocuparemos en hacer la descripción de tan interesante aparato que todos conocen y que permite al hullero continuar sin exposición ni peligro la solitaria é ímproba tarea conocida con el nombre de trabajo de *costado* ó *tendido* (figura 2); pero sí debemos hacer algunas observaciones respecto á la lámpara de Davy. Los mineros, en vez de acoger favorablemente y con agradecimiento un aparato que tantas veces les salva de la muerte, han sido por espacio de mucho tiempo sus más encarnizados enemigos, y se han necesitado emplear los medios más enérgicos y las medidas más severas para evitar que la abrieran. ¡Cuántas veces uno de esos grandes niños á quienes sería conveniente contener en la explotación del más peligroso y difícil de los artes, no teme exponer á que estalle la mina por tener la egoísta satisfacción de fumar ocultamente una pipada ó con objeto de ver algo más claro!

Pero la ciencia que, entre todas las atracciones y entre todos los deseos, trata de satisfacer principalmente la pasión por el resplandor y la claridad, no ha dicho la última palabra para dar satisfacción á los mineros. La luz eléc-



Fig. 2. — Mineros trabajando de costado y tendido

trica se ha descubierto por Humphry Davy con motivo de las grandes investigaciones por él ejecutadas para hallar una lámpara de mina que pueda funcionar sin peligro en las galerías llenas de grisú; por lo que casi puede decirse que la luz eléctrica ha nacido en las minas para

con las cuales ha contraído una deuda filial desde el momento que se ha posesionado del dominio que antes pertenecía á las tinieblas.

W. DE FONVIELLE

(Continuará)

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN